

CAPITALISMO, LA OPRESIÓN DE LAS MUJERES Y EL PAPEL DE LA FAMILIA PATRIARCAL

Por: Alternativa socialista. 04/01/2023

En los últimos 10 años, la violencia de género y el feminicidio se han convertido en términos con los que todos estamos muy familiarizados. Estos problemas han sido sacados de las sombras por millones de mujeres en todo el mundo que dicen ‘No más’ y exigen acciones para abordar esta violencia insidiosa. Los horribles titulares de los periódicos destacan cómo la violencia de parejas se ha convertido en una pandemia en la sombra: en Irlanda, una de cada cuatro mujeres ha sido agredida por su pareja actual o anterior.

Escrito por *Katia Hancke*, Socialist Party (ASI en Irlanda)

Solo en 2020, Women’s Aid atendió cerca de 30.000 llamadas de ayuda. En febrero de 2022, una nueva investigación mostró que tres de cada cinco jóvenes menores de 25 años han experimentado, o conocen a alguien que ha experimentado, agresiones en las relaciones íntimas. Este es un fenómeno global: una de cada tres mujeres en todo el mundo experimenta violencia física o sexual en su vida, y cada día 137 mujeres en todo el mundo son asesinadas por sus parejas o un miembro de su propia familia.

¿Por qué pasó esto? ¿Por qué incluso las relaciones más íntimas, en las familias, en los hogares —el único lugar donde se nos enseña a estar seguros— se ven afectadas por niveles de violencia tan asombrosos? Examinar de dónde emana la

violencia no es solo un debate académico. Para combatir algo de manera efectiva, necesitamos saber cuáles son sus raíces.

La derecha populista entiende esto muy bien. Saben lo importante que es la familia como institución para obligar a las mujeres a regresar al hogar y reforzar las normas de género restrictivas. Gasta una energía considerable tratando de “probar” que la superioridad masculina y el patriarcado son el orden natural de las cosas y no se avergüenza de inventar ramas enteras de la pseudociencia para respaldar su versión de los hechos. Solo escuche a Jordan Peterson hablar sobre algunas especies de langostas en las que las langostas macho son sexualmente agresivas y cómo eso “prueba” que es natural que los hombres sean dominantes. Las langostas también se esconden debajo de las rocas durante todo el día y solo pueden nadar hacia atrás, pero de alguna manera eso no entra en su noción de “comportamientos naturales”.

Este puede ser un ejemplo crudo y algo risible, pero el determinismo biológico, la sociobiología y el determinismo genético son interpretaciones populares de la ciencia que se utilizan para promover una visión del comportamiento humano que justifica la violencia y la desigualdad. En el fondo, estas versiones de la naturaleza humana se utilizan para proteger el statu quo y socavar el creciente clamor por un cambio fundamental.

Las intuiciones vitales de Engels

De hecho, no es necesario que exploremos el fondo del océano cuando la historia de las sociedades humanas nos brinda amplio material para encontrar el punto en el que nuestras relaciones íntimas se convirtieron en una institución social con reglas y normas. Durante el 99% de la historia, la humanidad vivió en una gran variedad de parentescos, en sociedades con poca o ninguna distinción entre las esferas privada y pública. Estas formas anteriores de sociedad no eran utopías y, a menudo, las personas enfrentaban una lucha diaria por la supervivencia. Sin embargo, lo que la mayoría de ellos tenían en común era que eran ferozmente igualitarios y se basaban en la redistribución de bienes: de cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades, mientras que la sobreexplotación del prójimo o del medio ambiente era inaudita. . La investigación arqueológica, histórica y antropológica documenta bien que solo con el desarrollo de los asentamientos, particularmente con las primeras sociedades agrarias, surgieron instituciones como el estado y la familia

patriarcal.

Esta investigación a grandes rasgos confirma la teoría postulada por Friedrich Engels ya en 1884 en su libro *Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Con base en la investigación disponible para él en ese momento, Engels rastreó el desarrollo del estado y la familia hasta los primeros asentamientos agrarios. Para él, el nacimiento de la sociedad de clases y el patriarcado estaban ligados al desarrollo de la propiedad privada.

El cambio fundamental en los métodos de producción en las primeras sociedades agrícolas neolíticas condujo a tiempos de escasez, pero también al potencial de producir excedentes significativos. Los excedentes hicieron posible que algunos miembros de la sociedad ya no estuvieran directamente involucrados en la producción: el nacimiento de las divisiones de clase, entre gerentes y trabajadores. Los excedentes también plantearon por primera vez la cuestión de la propiedad, y con la propiedad privada vino la estratificación de la sociedad en torno a los ‘ricos’ y los ‘desposeídos’, y la necesidad de los primeros, las clases propietarias, de proteger lo que era “suyo”. a través de la institución del Estado en la vida pública y de la familia en la vida privada. La familia patriarcal se utilizó para garantizar la posición dominante de una clase dominante emergente al convertir las relaciones íntimas en matrimonios estratégicos, la monogamia (para las mujeres) por herencia.

El estado se utilizó para defender los intereses de aquellos que acumulaban una cantidad cada vez mayor de tierra, riqueza y recursos. La descripción de Engels del estado en última instancia como “un cuerpo de hombres armados” destaca cómo el mantenimiento del estado se basa en hacer que la violencia –de la policía, el ejército y la guerra– sea aceptable en la esfera pública. La expresión cultural moderna de esto es el machismo, una imagen de los hombres como guerreros naturales y el género dominante. Estos estereotipos de género y las expectativas rígidas de masculinidad y feminidad se ven reforzados aún más por la familia patriarcal, ya que la esfera familiar se presenta bajo la autoridad masculina y privada. La sociedad de clases y el patriarcado engendran violencia de género, tanto en público como en las relaciones íntimas.

La obra de Engels no solo es relevante como marco teórico para antropólogos e historiadores de la familia hasta el día de hoy, sino que también es un punto de referencia sumamente importante para cualquier activista que quiera llevar adelante la lucha contra la violencia de género. En primer lugar, demuestra que no siempre

ha sido así. Y si las relaciones patriarcales no han existido siempre, entonces pueden ser cuestionadas y eliminadas.

En segundo lugar, Engels señala las relaciones y la propiedad de las fuerzas productivas como clave para determinar el tipo de sociedad en la que vivimos, incluida la forma en que nuestras vidas públicas y privadas están limitadas. Rastrea las diferentes formas y funciones que ha tomado la institución de la familia y cómo ha variado enormemente según el contexto histórico, la ubicación geográfica y la clase social. Si la propiedad privada es clave para el desarrollo de estas restricciones, entonces el capitalismo, como una forma de organización social que venera la propiedad privada (en forma de ganancia) por encima de todo, es un obstáculo para el desarrollo de relaciones igualitarias entre hombres y mujeres. Así, la obra de Engels apunta a la necesidad de vincular la lucha contra la opresión de las mujeres a la lucha contra un sistema basado en la extrema desigualdad. Vincular la violencia de género y la opresión de las mujeres al capitalismo como sistema es un llamado a la acción para construir un movimiento unido para derrocar este sistema podrido.

El surgimiento del capitalismo y sus efectos

Engels también destaca en su libro cómo el capitalismo crea presiones contradictorias sobre las mujeres y la institución de la familia. Bajo el capitalismo, el hogar familiar ya no es una unidad clave de producción: la producción se traslada decisivamente a la esfera pública en enormes fábricas en las que los trabajadores tienen que cooperar para producir bienes. Este proceso histórico condujo al nacimiento de una nueva clase: la clase trabajadora. La necesidad cada vez mayor de mano de obra a medida que el capitalismo conquista el mundo atrae a más y más personas a tener que vender su fuerza de trabajo por dinero, incluidas las mujeres. Hoy en día, la mayoría de las mujeres en todo el mundo trabajan fuera del hogar.

Por un lado, esto creó una situación en la que se espera que las mujeres trabajen en dos trabajos: uno remunerado en el trabajo y otro no remunerado en el hogar, reproduciendo la próxima generación de la fuerza laboral para ser explotada con fines de lucro. Por otro lado, trabajar fuera del hogar como parte de un colectivo brinda a las mujeres de clase trabajadora la oportunidad de organizarse de manera mucho más efectiva, como parte de su clase, contra su explotación y opresión.

En los 250 años de desarrollo capitalista, hemos visto múltiples oleadas de revueltas

de mujeres. En respuesta, el capitalismo ha tenido que “reinventar” (o adaptar significativamente) la institución de la familia de múltiples formas. El deseo humano muy personal de crear un hogar que brinde seguridad, apoyo y calidez humana es común a todos nosotros. Bajo el capitalismo, se pervierte en un conjunto de expectativas y normas sociales que se adaptan a las necesidades particulares del sistema en lugar de reflejar nuestras aspiraciones. Por lo tanto, lo que se nos dice es que la “familia ideal”, el tipo de relación personal que debemos emular, se ha convertido bajo el capitalismo en una fiesta en constante movimiento, un arma ideológica de la clase dominante.

El libro de Engels fue escrito en un momento particular de la historia que coincidió con el surgimiento de la Familia Victoriana, lo que significó un alejamiento de las formas de control anteriores y más públicas. Los elementos de las relaciones económicas basadas en el parentesco sobrevivieron durante mucho tiempo más allá del surgimiento de la propiedad privada. Incluso en el desarrollo temprano del capitalismo, el hogar ampliado seguía siendo una unidad clave de producción económica. Con el auge de los pueblos y ciudades industriales, los dueños de las fábricas inicialmente intentaron controlar todos los aspectos de la vida de los trabajadores: viviendas colectivas propiedad de los capitalistas, familias divididas y trabajo infantil normalizado. Los asilos de pobres se consideraban una responsabilidad pública.

A medida que el capitalismo se expandió en el siglo XIX con el desarrollo del capitalismo monopolista y el imperialismo, ese nivel de participación y control en la vida privada de una clase trabajadora en constante crecimiento ya no era conveniente ni posible. El crecimiento del poder del Estado-nación en la esfera pública se refleja en un reforzamiento de la institución de la familia en la esfera privada.

Giros y vueltas a principios del siglo XX

El creciente movimiento laboral se organizó para obtener mejores condiciones, un salario más alto y una jornada laboral más corta. Dentro del movimiento obrero, la izquierda socialista demostró que las trabajadoras podían organizarse y convertirse en una fuerza importante tanto en el movimiento obrero como en el movimiento de mujeres. Esta radicalización de la mujer se contrarresta con una ofensiva ideológica: la imagen de la familia victoriana con vidas y esferas de influencia separadas para

hombres y mujeres y una separación entre la ocupación profesional del hombre y un enfoque en la domesticidad/paternidad y el trabajo de caridad para la mujer. Esta separación del trabajo masculino y femenino “aceptable” se usó para justificar la discriminación por género de los trabajos y los salarios más bajos para las mujeres.

Por supuesto, esta imagen estaba basada en la hipocresía y era completamente inalcanzable para la clase trabajadora. De hecho, el número de trabajadoras empleadas como empleadas domésticas se multiplicó por nueve durante este período. La “importancia de la niñez” aparentemente no se extendió a los millones de niños obligados a trabajar en condiciones increíblemente duras debido a la industrialización. En la industria textil del sur de Estados Unidos, el 25% de los trabajadores eran niños. En las plantaciones, solo los niños esclavos estaban exentos de trabajo. Frederick Douglas declaró que no vio a su propia madre hasta los siete años. Sin embargo, esta imagen ideológica de la familia estaba tan extendida que el propio movimiento obrero la utilizó: en su campaña contra el trabajo infantil, las organizaciones de la clase trabajadora citaron la necesidad de una buena crianza de los hijos y del juego y la educación infantil para lograr reformas importantes como las escuelas públicas, legislación contra el trabajo infantil y protecciones especiales para trabajadoras embarazadas y madres jóvenes.

Después de la gran interrupción de la vida familiar durante la Primera Guerra Mundial y, en Irlanda, la Guerra de la Independencia y la ola de huelgas revolucionarias que la acompañó, combinada con el impacto significativo de la primera ola del feminismo y las ramificaciones de la revolución socialista en Rusia, la imagen de la familia cambió significativamente. El matrimonio por amor se presentaba como una relación clave entre el hombre y la mujer, y la crianza de los hijos se consideraba cada vez más como una responsabilidad de la esfera pública. La enorme cantidad de literatura que idealiza el amor y se centra en el trabajo emocional como un rasgo femenino es solo un ejemplo de este cambio. La época de la Gran Depresión interrumpió bruscamente esta utopía romántica.

En Irlanda, una clase dominante débil que dependía de una Iglesia católica conservadora desarrolló un estado atrasado en el que la educación y la atención médica quedaron bajo el control privado de un clero misógino. Las consecuencias a las que nos enfrentamos hasta el día de hoy, basta con ver el escándalo en curso sobre la propiedad del nuevo Hospital Nacional de Maternidad o la falta de acceso a la educación sexual inclusiva en nuestras escuelas. Se utilizó una imagen muy conservadora de la familia y de la maternidad para disuadir a las mujeres casadas

de trabajar, incluida la prohibición de que las mujeres casadas trabajen en el sector público.

Convenientemente para la clase dominante, esto también significó una falta de inversión en el cuidado público de los niños y los ancianos y las personas vulnerables, ya que todas esas responsabilidades recayeron directamente sobre las mujeres dentro de la familia. La vergonzosa historia de los hogares para madres y bebés y las escuelas industriales ilustra el enorme sufrimiento que esto causó a las mujeres y los niños de clase trabajadora. Incluso hoy en día, el 25% de las familias encabezadas por un solo padre son las que corren mayor riesgo de pobreza infantil y, como resultado, la marginación. El uso ideológico de las relaciones familiares por parte del establecimiento irlandés es un ejemplo particularmente claro de cómo las normas poco realistas de género y relaciones tienen un efecto a largo plazo en las mujeres y familias de clase trabajadora en particular.

Reacción de la posguerra

A nivel internacional, el impulso más significativo hacia (lo que hoy conocemos como) la “familia nuclear” como norma ocurrió después de la Segunda Guerra Mundial. Un estudio realizado en EE. UU. en 1945 registró que el 92 % de las mujeres que empezaron a trabajar en la industria durante la guerra no querían dejar su trabajo. La estabilidad financiera en trabajos sindicales seguros fue la principal razón citada. Fue la clase capitalista la que empujó a las mujeres a trabajos “femeninos” peor pagados. Para salirse con la suya se inició una gran ofensiva ideológica, en la que la institución de la familia jugó un papel fundamental. Se propagó una nueva “normalidad”, de la familia perfecta en la casa de los suburbios con la valla blanca, con el padre trabajador, la madre cariñosa y los dos hijos y medio vírgenes. Anteriormente, era normal tener un hogar familiar extenso, lo que permitía repartir las tareas domésticas, de cuidado y de crianza de los hijos. Esta nueva comprensión de la familia arrancó este apoyo de la gente, sobre todo de las mujeres.

Programas de televisión populares como *The Waltons* y *Little House on the Prairie* (y los equivalentes nacionales de estos programas familiares en todo el mundo) dieron la impresión de que esta nueva “normalidad” era el estado natural de las cosas. De hecho, en la década de 1960, las tasas de natalidad eran más altas y las mujeres se casaban más jóvenes que en cualquier momento de los últimos 100 años. La

participación femenina en la educación se redujo significativamente. Por primera vez, se describió la responsabilidad de la mujer en la familia como el cuidado de todos los aspectos de las necesidades personales de cada miembro de la familia: una tarea que lo consume todo. La producción de bienes de consumo duraderos y la construcción de viviendas se expandieron enormemente, pero en realidad aumentó el tiempo que las mujeres dedicaban al trabajo doméstico.

Por supuesto, hubo un gran componente político en todo esto: esto fue en el apogeo de la Guerra Fría, con la clase dominante tratando de socavar la fuerza significativa del movimiento obrero. La propaganda anticomunista abundaba. El debate en la cocina de Nixon con Jruschov es un ejemplo perfecto de cuánto utilizó la clase capitalista esta ideología de la vida familiar: Nixon transmitió desde una cocina suburbana de clase media mientras destacaba en el debate que el estilo de vida doméstico de una mujer de clase media estadounidense (completo con galletas caseras, lavadora y nevera) demostró la superioridad del capitalismo.

Pero incluso para los suburbios de clase media, la familia nuclear solo podría lograrse gracias a enormes subsidios estatales, viviendas sociales, beneficios educativos e ingresos garantizados a través del empleo constante, todas ganancias obtenidas por el movimiento laboral en los años de la posguerra. Además de eso, esta imagen de la vida familiar estaba muy alejada de la realidad para muchas familias de clase trabajadora, especialmente en los EE. UU. Uno de cada cuatro trabajadores vivía en la pobreza y el 40% de las mujeres negras tenían que trabajar fuera del hogar. La revista Life destacó en 1957 que “10.000 trabajadores negros trabajan en Ford en Dearborn, pero ninguno vive allí”. Los suburbios blancos eran un arma ideológica contra las familias de clase trabajadora, más que una realidad para ellas.

La familia nuclear se utilizó para obligar a las mujeres a regresar al hogar (o a trabajos mal pagados) y para silenciarlas. El ‘agredir a la esposa’ nuevamente se consideró aceptable (algo que el feminismo de la primera ola había desafiado), y se fomentó la desconfianza y la infantilización de las mujeres: las mujeres perdieron el control sobre las finanzas familiares, no podían firmar contratos o tener tarjetas de crédito sin el consentimiento de sus maridos. La institucionalización y el tratamiento con descargas eléctricas de las mujeres que ‘no encajaban’ eran algo común. Todo esto condujo inevitablemente a una revuelta. El feminismo de la segunda ola de los años 60 y 70 expuso todas estas extravagancias y desafió el concepto mismo de la familia nuclear, se organizó por la igualdad salarial y llevó a millones de mujeres en

todo el mundo a las calles y al activismo en torno a la igualdad y contra la opresión. El poderoso eslogan “lo personal es político” trajo al debate público todos aquellos temas que alguna vez se asociaron con la vida familiar privada, incluida la violencia de género, el acoso sexual y la opresión dentro de la familia.

El auge del neoliberalismo en los años 70 y 80 vio a la familia una vez más utilizada para justificar los recortes y la privatización de los servicios esenciales. El famoso discurso de Thatcher, “No existe tal cosa como la sociedad”! Hay hombres y mujeres individuales y hay familias...”, fue una justificación apenas velada del desmantelamiento de importantes reformas ganadas por el movimiento obrero, como las guarderías públicas, la vivienda social y el NHS. Cada ataque a los servicios públicos estuvo acompañado de un desprestigio del “feminismo” y el “socialismo”. No se escatimaron esfuerzos para recalcar la impresión de que “lo político es personal”, es decir, el esfuerzo y la responsabilidad individuales son todo lo que se necesita para superar la desigualdad, la explotación y la opresión.

El impacto de la nueva ola feminista

Los últimos diez años han visto un creciente rechazo a esa narrativa reaccionaria. Una vez más, se está gestando en las calles un movimiento que no solo denuncia y lucha contra la violencia de género y la opresión en todas sus formas, sino que vincula estas aberraciones con el funcionamiento del sistema en su conjunto. En el ámbito público, se ha puesto en el banquillo a la justicia, a la policía, al Estado capitalista como responsable de la proliferación de la violencia de género, culpabilizando a las víctimas y perpetuando la violencia y el statu quo. Vemos que el arma ideológica de la institución familiar juega un papel paralelo en nuestra vida privada, distorsionando las expectativas de las relaciones y la vida familiar para adaptarse al sistema en lugar de satisfacer nuestras diversas necesidades y aspiraciones.

Hoy en día, la familia no es tan económicamente central como lo fue en el pasado, cuando era una unidad clave de producción. Pero aún desempeña una función importante en el capitalismo, con billones de dólares de trabajo no remunerado para mostrar cada año. Las mujeres pobres y de clase trabajadora en todo el mundo continúan siendo vitales para el capitalismo en la reproducción de la fuerza laboral. El sistema capitalista hace uso de la opresión basada en el género arraigada en la esfera doméstica y familiar de esta manera, porque la ganancia no puede continuar

realizándose sin este trabajo no remunerado de la fuerza laboral. La gran mayoría de este trabajo lo realizan las mujeres, ya sea a través del trabajo no remunerado en el hogar o como trabajadoras de cuidados mal remuneradas. La intrincada conexión entre la explotación (como trabajadoras mal pagadas) y la opresión (como mujeres) es clara.

La familia inevitablemente será reformada nuevamente por las tendencias actuales del capitalismo. Los más jóvenes, aunque quieran, cada vez más no pueden permitirse el lujo de formar una familia o tener hijos debido a la crisis de vivienda que existe en tantos países, el aumento del trabajo precario y la inseguridad económica generalizada que ahora impone el capitalismo. También hay un fuerte aumento de la soledad y el aislamiento.

No es una coincidencia que en este contexto estemos viendo en muchos países una ofensiva reaccionaria para tratar de reafirmar las normas tradicionales de género y los ‘valores familiares’. En América del Norte y Europa, la derecha populista y otros atacan la ‘ideología de género’, el derecho al aborto y el feminismo. Los charlatanes derechistas como Peterson pueden ganar audiencia entre algunos jóvenes al vender nostalgia sobre los tiempos supuestamente más felices cuando predominaban las familias ‘tradicionales’ y los roles de género. En China, el régimen está cada vez más preocupado por la caída de la tasa de natalidad, y junto con esto viene un nuevo vilipendio y represión contra las feministas.

Conclusión

La familia en la que naciste todavía determina a qué clase perteneces, a través de la propiedad de la riqueza y el poder político. Y eso se revela de múltiples maneras: los antecedentes familiares predicen ganancias de hasta el 85%; el aprendizaje escolar está más influenciado por los “recursos familiares” que por los escolares; el divorcio sigue siendo el mayor predictor individual de pobreza para mujeres y niños.

La importancia de rastrear cómo la familia ha sido transformada y utilizada como arma ideológica durante los últimos 200 años es comprender su papel en la proliferación de normas de género opresivas y restrictivas, claramente para las mujeres, pero con consecuencias para personas de todos los géneros. Para la gente de clase trabajadora, las presiones económicas aumentan enormemente el potencial de quedar atrapados en una vida familiar sin amor. Esta realidad económica otorga una marcada dimensión de clase a cualquier lucha contra la violencia de género.

Pero la ideología familiar también juega un papel en la creación de expectativas de género poco realistas y una visión distorsionada de las relaciones privadas.

La violencia de género es una expresión extrema de la opresión de las mujeres. La opresión de las mujeres es inevitable bajo un sistema en el que la codicia privada tiene que ser protegida a toda costa. Bajo el capitalismo, incluso nuestras vidas privadas no están a salvo de la explotación y la distorsión para la búsqueda de ganancias. Sin embargo, existen los medios para liberarnos de este grillete: si la enorme riqueza, los recursos y las palancas clave de la economía se liberaran de las garras de unos pocos para ser utilizados democráticamente por la gran mayoría, las necesidades básicas de todos podrían ser satisfechas. reunió. Tal seguridad económica sentaría las bases para liberar verdaderamente nuestras vidas privadas y liberar nuestras vidas familiares de las limitaciones y expectativas acumuladas sobre ellas por un sistema que nunca tuvo en cuenta nuestros intereses.

En palabras de Engels: “Pero, ¿qué habrá de nuevo? A eso se responderá cuando haya crecido una nueva generación: una generación de hombres que nunca en su vida han sabido lo que es comprar la rendición de una mujer con dinero o cualquier otro instrumento social de poder; una generación de mujeres que nunca han sabido lo que es entregarse a un hombre por otra consideración que no sea el amor real o negarse a entregarse a su amante por miedo a las consecuencias económicas. Cuando estas personas estén en el mundo, les importará muy poco lo que cualquiera piense hoy que deberían hacer; harán su propia práctica y su correspondiente opinión pública sobre la práctica de cada individuo, y ese será el final de todo”.

[LEER EL ARTÍCULO ORIGINAL PULSANDO AQUÍ](#)

Fotografía: Alternativa socialista

Fecha de creación

2023/01/04